

Atribuía Antonio Machado a Juan de Mairena —quien, a su vez, lo cargaba a la cuenta de su maestro Abel Martín— la sentencia que hará de obertura a estas sencillas consideraciones:

«El Cristo predicó la humildad a los poderosos. Cuando vuelva predicará el orgullo a los humildes. De sabios es mudar de consejo» (*Obras Completas*, Editorial Séneca, México, 1940, p. 657).

Poco sacó Cristo de predicar la humildad a los poderosos. La apetencia y avorazamiento por el poder —de toda clase y ralea: de religioso a económico y político— han aquejado y aquejan a su Iglesia misma, no digamos a la inmensa mayoría de sus trescientos millones de fieles, recontados por ella. De la humildad de los poderosos cristianos y católicos sólo conocemos, fuera de rarísimas excepciones, el capítulo que a ella se dedica en las obras de teología moral y dogmática.

No volverá, al parecer, Cristo por segunda vez a predicar humildad a tales poderosos. Le pasaría lo del inquisidor de Dostoyewski. Le queda, hablando a nuestra manera humana —y ¿quién tiene otra?—, el de volver a predicar el orgullo a los humildes. Pero no puede tardar mucho en hacerlo, o pena de que otros, y de ellos vamos a hablar, le quiten el programa y se le lleven las albricias, y le suceda lo que le aconteció al catolicismo, J. H. Green, decía, a otro propósito, en

el fondo parecido al actual: «Viendo Dios que los católicos no habían hecho nada con la Biblia después de tenerla en sus manos quince siglos, decidió Dios dársela a los protestantes, quienes hicieron inmediatamente lo que se debía hacer: ponerla en el lenguaje del pueblo, a servicio del pueblo. De entonces se pasan los católicos el tiempo pidiendo a Dios que les devuelva la Biblia, e imitando lo que han hecho con ella los protestantes».

Si Cristo, parecidamente, no viene prestamente al mundo actual a predicar el orgullo, el sentimiento de dignidad, a los pobres, se hallará con que otros —socialistas y comunistas— han realizado ya lo que debió hacer su Iglesia hace diecinueve siglos: predicar el orgullo a los humildes, dignificar al pobre destruyendo la pobreza y no canonizar la cual virtud social y triste ocasión de hacer típicos méritos ante el Cielo. Tal misión la han emprendido y comenzado a realizar desde hace siglo y medio los socialistas; y ahora se pasa la Iglesia el tiempo pidiendo a Dios que les devuelva los pobres —que fue incapaz de hacerlos suyos— para hacerlos dignos, e imitando a los socialistas con partidos socialcristianos, con encíclicas inspiradas, por reacción, en el *Manifiesto Comunista*, y predicando, circunspectamente, humildad a los poderosos.

Mas si Cristo, en persona, no viene presto al mundo actual, el socialismo —bajo una u otra forma, comunista o no— se habrá llevado no sólo las primicias y albricias —se las ganó ya—, sino la posibilidad misma de entrar en la tienda de amor a la humanidad.

La «Alianza para el Progreso» es otra forma de lo mismo. Viendo Dios que los cristianos ricos —que deben estar atesorando el 999 por mil de todas las riquezas de la humanidad— no habían hecho con su riqueza lo que debían por amor a sus hermanos pobres y por dignidad hacia el hombre, entregó Dios a los socialistas la empresa y misión de dignificar al pobre —prácticamente a la humanidad entera. Ahora se pasan algunos ricos el tiempo montando Alianzas para el Progreso, e imitando el programa de los socialistas, y pidiendo a Dios, un poco avergonzados, les devuelva la empresa y misión de dignificar al hermano pobre —que lo son casi todos los hombres del mundo— y, en especial, casi todos los de nuestra América.

No parece que Dios haga gran caso de semejantes plegarias —tardías y, en el fondo, insinceras.

No es Cristo quien ha vuelto al mundo a predicar el orgullo a los humildes y a restaurar la dignidad de los hombres. Fue Marx.

A la filosofía moderna le va a pasar lo mismo: Viendo Dios que los filósofos no habían hecho de la filosofía sino campo de disquisiciones sobre ser y no ser, principio y causa, sustancia y accidente, sujeto y objeto, potencia y acto, esencia y existencia..., se decidió Dios a darla, hace cosa de un siglo, a la izquierda hegeliana, al materialismo dialéctico, quien hizo lo que se debía hacer en filosofía: entregarla al pueblo, a la humanidad, es decir: a los pobres, a sus problemas de vida o muerte, trabajo y tierra, clase y lucha, victoria sobre enajenamiento y despojo, objetivación y cosificación, eonomía y sociología. Y ahora se pasan la vida fenomenólogo, historicistas y existencialistas no precisamente rogando a Dios —en quien no suelen creer o, al menos, creen que Dios hace oídos sordos a tales ruegos, tardíos e insinceros—, sino tratando, un poco vergonzantemente, de incardinar a sus sistemas la problemática —ferozmente real e indigestible para sus tragaderas— de tierra, trabajo, capital; alienación, cosificación; humanismo... con vagas, no comprometedoras y bizqueantes sociologías.

Sartre se va a llevar, no las primicias —que éstas y algo más pertenece a Marx—, pero si la primera cosecha con su *Crítica de la razón dialéctica* (1960).

Kant no juzgó indigno de su talento y de la tarea filosófica ponerse a meditar sobre la estructura de la física newtoniana. Y salió al palenque de la historia con su *Crítica de la razón pura*. Todos le han seguido, o gozosos o a remolque, dejando en paz beatífica a Dios y a sus ángeles. Ese producto humano: física, matemáticas, técnicas modernas halló, a tiempo, su filósofo.

La economía clásica, tan clásica en su orden como la física de Newton, encontró por bondad de la historia y a tiempo, su filósofo: Marx. Con su valiente desvergüencía frente al racionalismo de su época, llamarán a Leibniz o Krusius, Kant hizo perder a los filósofos posteriores la vergüenza de

dedicarse a mirar y estudiar las ciencias físico-matemáticas y, con ellas ante la vista, cual en espejo, advertir la estructura y funcionamiento de la razón pura.

No sé si Sartre nos hará perder a los filósofos actuales la vergüenza —disimulada bajo mil formas— de dedicarnos a estudiar marxismo y economía modernas —al modo que algunos hemos perdido la vergüenza de filosofar sobre matemáticas y física.

Pero si no llegáramos a perderla, no nos extrañe, ni tomemos a mal, que la historia nos deje de lado en capillitas, cenáculos, sacristías y nichos, al derredor de profetas del ser, de sintactiqueros de palabras, o de directores de orquesta con partitura de los tiempos de canto gregoriano.

*Crítica de la razón pura*: es ya viejo título de honor filosófico. *Crítica de la razón dialéctica*: está conquistando el título. *Crítica de la razón económica*: ¿llegará a ser título de honor filosófico?

*De sabios es mudar de consejo*—nos recuerda Machado.